

Y que sin tantos gastos gustaria
Oír sola la voz, la letra, y mano
De la arpa pasada, y la hallaria
Para esto en los balcones de su huerta
Aquella noche sola, y encubierta.
Dejó ufano al de Fez la nueva gloria
Del presente favor mal entendido,
A mi lleno de gusto y vanagloria
Hallar lo que temia haber perdido:
Mas, ¡oh humana tragedia, en quien notoria
La inconstancia descubre el mas cumplido
De tus inciertos bienes, cuan á tiento
Camina el hombre y va tras su contento!
Llegada la ocasion y hora pedida
Por tantos gustos, aunque á varios fines,
Solos los dos, la arpa prevenida,
A hacer fuimos la ronda á los jardines:
Donde la bella Arlaja entretenida
Nueva belleza daba á los jazmines
De un balcon apartado, que caía
Al muro alto que el vergel ceñía.
La sabia Ardelia, una gallarda mora
Amiga suya en compañía con ella,
Esta en viéndonos, dijo: «mi señora
La infanta me mandó venir por ella
A deciros, señor, que por ahora
No es posible hablaros, ni vos vella,
Por cierto inconveniente, y caso justo,
Que el paso le ha estorbado deste gusto.
Dice, que aunque hallarse en vuestra fiesta
Su enfado lo estorbó, os esta obligada,
Y así lo reconoce, y yo con esta
Razon he hecho y dicho mi embajada.»
Mi amigo Abenragel, viendo traspuesta
La gloria que ya dió por alcanzada,
Bien conoció que amor con la ventura
Pocas veces se encuentra, y menos dura.
Respondióle con modo cortésano
Hasta en su mismo agravio agradecido,
«Mas que sentia haber traído en vano
Quien á solo servirla habia venido,
Que era aquel caballero castellano,
Que á no ser tan discreto hubiera sido
Tan grave falta causa de tenella,
O en su amistad, ó en las firmezas della.»
Dicho esto, Ardelia por sagaz estilo
Dando disculpas, y admitiendo cargos
De mi supo quien era, cuando el hilo
De las quejas quebró, y de los descargos,
De la siempre dudosa parca el filo,
Y haciendo breve suma en cuentos largos
Su gloriosa esperanza trocó al fuerte
Abenragel en triste azar de muerte.

ALEGORÍA.

En el cuento de Garilo se muestra lo poco que aprovechan trazas, donde al ejecutar no tercia la ventura: y como la prudencia humana sin el favor divino entendido por la fortuna, es de ningun efecto. Todo lo cual se ve aun mas claro en los infortunios de Gundemaro.

LIBRO SÉTIMO.

ARGUMENTO. Prosigue Gundemaro su historia, y acábase en un extraño encantamiento. Ferragut despierta á los gritos de una doncella, que le cuenta las desgraciadas tragedias del caballo Clarion, al cual sigue el moro todo el dia, y al fin á su vista le coge un villano, y se le lleva, y él encuentra una hermosa tienda donde le sucede una estraña aventura. Llega al Tajo, y libra á Galiana, infanta de Toledo, de una traicion con que la pretendia robar Biarabi, rey de Pamplona.

«¡Oh varios cursos de la vida humana
(Gundemaro siguió) fines inciertos,
Pesadas penas de alegría liviana,
Dolores vivos de placeres muertos,

Alquimias y oropel en que devana
Engaño el gusto, el tiempo desconcierto,
Dulce esperanza, desvario eterno,
Que prometiendo gloria dais infierno!
Corre tras sus manzanas Atalanta,
Y solo el oro y no el engaño advierte,
Febo tras Dafne hallála hecha planta,
Anteon beldad que en ciervo le convierte:
Vuela á poner Eurídice la planta,
Sobre una flor, encuentra con su muerte,
Vuelve su amante á verla, y su contento
A un volver de cabeza es todo viento.
Tal es la suerte humana, y su firmeza,
Y así anda el hombre tras su antojo á tiento,
Encandilale el gusto la belleza,
Corre tras el placer, halla el tormento:
Midas en su oro hambres y pobreza,
Faeton en su altivez abatimiento,
A Abenragel y á mí por una senda
Dieron buscando paz muerte y contienda.
Al tiempo que por término encubierto
A excusas suyas me iba declarando,
Y afable Ardelia por un modo incierto
En su amor y favores obligando:
Alfajardos, un moro sin concierto,
Que el palacio real venia rondando,
A quien Abenragel quitado habia
Los gustos de una mora en Berbería,
Hizole el noble Gambedul privado
De Abdalla, y capitan de infantería,
Hasta que á mas fortuna levantado
A serlo de la guarda subió un dia:
Este de un furor loco arrebatado,
Fantástico del cargo que regia,
Que son las dignidades en efeto
Toque de los quilates del sugeto;
Soberbio en las pujanzas de su oficio,
Con furia arremetió desordenada,
Y haciendo del celoso al real servicio
Al príncipe pasó de una estocada:
Cayó el jóven mortal, creció el bullicio
De la canalla vil alborotada,
Que á las voces del moro alharaquiento
En confuso tropel llegó sin tiento.
Mas no salió tan á su salvo el caso,
Que antes que ser pudiese socorrido,
De mil heridas desangrado y laso,
Sin vida ante mis piés quedó tendido:
Sin que la furia popular un paso
Perder me hiciese del recien caído,
Y muerto Abenragel, bien que pudiera
Con la noche salvarme si quisiera.
Pero creció la gente y alboroto,
Y medrosa la infanta de mi muerte,
Que me rindiese manda, y por su voto
Las armas entregué, y troqué la suerte:
Dime preso al alcaide Polinoto,
Que del alcázar real en lo mas fuerte
De un cuarto, á un redoblado muro incluso,
Entre cadenas lóbregas me puso.
Fue de la torre en el lugar mas bajo,
Que mas negro aire, y menos luz tenia,
Y por una escalera con trabajo
Para doblarse en él se descendia:
Aquí solo quedé, y el que me trajo
Por la infanta y Ardelia el mismo dia
A decirme volvió, que por valarme
Juntas vendrian aquella noche á verme.
Llegó de la hora el tiempo deseado,
Y habiendo despeñado al carcelero,
Bajar adonde estaba aprisionado,
Ví á media noche el alba y el lucero:
Trocóse en cielo el sótano ahumado,
Mi mal en bien, mi pena en gusto enteró,
Mis tormentos en gloria, y las prisiones

En cadenas de dulces eslabones.
Sacáronme del limbo dos deidades,
Que en la belleza parecian del cielo,
Mas la fortuna, cuyas variedades
Mis cosas llevan sin cansarse en vuelo,
Mi bien trocó en tan tristes novedades,
Que de no rematarlas me recelo,
Que quiere un monstruo hacer en mí que pueda
Ser centro de las vueltas de su rueda.
El príncipe Algaycel que en la belleza
De Ardelia ardía, y su desden le helaba,
Y entre zelos, temores, y aspereza,
Muerto vivía, y sin dormir soñaba;
Cuando de la escalada fortaleza
Yo al cuarto de la infanta atravesaba
Con ella de la mano, á él le traía,
O su amor ciego ó la desdicha mía,
Iba á velar el sueño de su dama,
O á despertar su muerte, y mi tormento,
Que ni fortuna duermes, ni quien ama,
Ni á un desdichado importa andar con tiento,
Pues hasta los desvelos de otra cama
A perturbarle vienen su contento:
El príncipe llegó, turbóle el caso,
De amor y honor herido á un mismo paso.
Era valiente y poco reportado,
Y como tal arremetió furioso
Con su alfange, y un manto de brocado
Por reparo á mi estoque peligroso:
Yo que venia bastantemente armado
De semejantes casos receloso,
Quien por contrarios ha de abrir camino
Con hierro es fuerza le abra de continuo.
Era cierto el perder honor y vida,
O quitarlo sin culpa al enemigo,
¡Lance estraño, desgracia nunca oída,
Ni usada en tal rigor sino conmigo!
Al fin él de sí mismo fue homicida,
El cielo es juez, mi corazon testigo,
Que si otra puerta en riesgo tal se abriera,
Mil vidas por salvar la suya diera.
Mas la opinion de Arlaja, y la honra mia,
Al valiente Algaycel dieron la muerte;
¡Oh fortuna cruel, golfo sin guia,
Suerte imposible que el tahir la acierte!
Trocóse el fin, trocóse la alegría,
Y las cosas trocáronse de suerte,
Que ya no tuvo Arlaja por seguro
Sin mí quedar en el paterno muro.
A cuidado de Orbelio, un falso amigo
De Ardelia, prevenido un barco estaba
En la playa del mar, para conmigo
De Barcelona hallar la costa brava:
No se atrevió la infanta á ser testigo
Del triste dia que al rey se le acercaba,
Ni quedar sola la otra mora bella,
Ni Arlaja sin los dos, ni yo sin ella.
Y así por donde yo saliera solo,
A no haber la desgracia sucedido,
Los tres salimos, cuando encima el polo
Bootes su media vuelta habia cumplido:
Y antes que el oro del pretal de Apolo
El aire diese de ámbares teñido
A la playa llegamos, y sin tiento
Las velas dimos y esperanza al viento.
A Orbelio le contaron el suceso,
Caso en todas maneras escusado,
Que en qualquir trance próspero, ó avieso,
Nunca el secreto pierde por guardado:
Andaba el mar al embarcarnos grueso,
El Grao gentil de un céfiro picado,
Que en furioso levante se volvía
De rato en rato al acercarse el dia.
Descubrióse la luz lejos de tierra
En una tempestad furiosa envueltos,

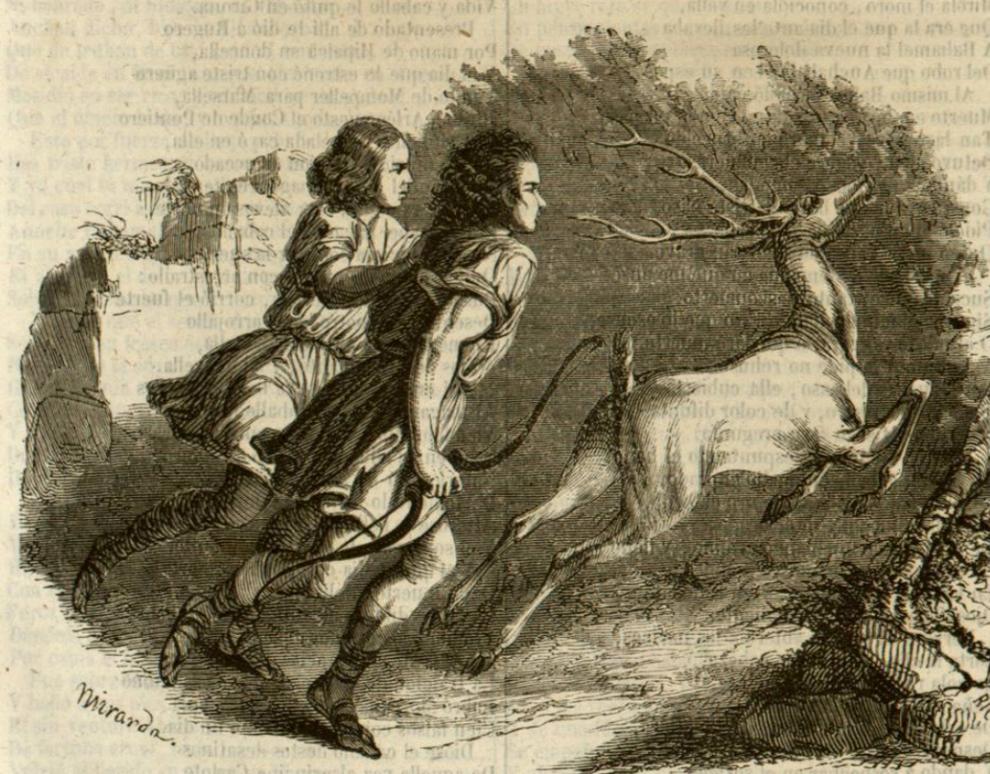
Que fortuna cruel por darnos guerra
Traia los aires con la mar revueltos;
Hasta que en los peñascos de una sierra,
En blanca espuma y salitales vueltos,
En Denia el viento que en sus cuevas suena,
Ya el barco roto nos echó en la arena.
Aquí murió del todo la esperanza
Siendo en humanas trazas imposible
Librarse de la muerte, quien no alcanza
Con ánimo inmortal cuerpo invisible:
Que al rey, ¡quién le estorbara la venganza,
O le ocultara en caso tan horrible!
Por breve senda, ó por rodeo prolijo
Al que su hija robó, y mató á su hijo?
Mas al abrigo que al cercano monte
De una enroscada vuelta el cuerno hacia,
Hurtando la mitad á su horizonte,
En casa humilde un pescador vivia:
Aquí cuando ya el carro de Faetonte
En el mar contrapuesto se hundia,
De las olas y vientos arrojados,
De alegre albergue fuimos amparados.
Era del pobre Amilcar la cabaña,
Que siendo mercader dió en cortésano
Y con soberbia y ambicion que engaña
Cuanto en logros juntó despendió en vano
Y ya gastado y viejo á esta montaña
Entre redes le echó el tiempo tirano
Adonde en comedido vasallaje
A nuestro barco dió nuevo hospedaje.
Descansando aquel dia y el siguiente
En la choza estuvimos recogidos,
Sin saber de Valencia ni su gente
Nada de los sucesos referidos:
Que el proceloso viento mas se siente
Por montes, que por valles escondidos,
Y las nuevas de córte, y sus consejas,
Cuando á los pobres llegan ya son viejas.
Volviéndose via el golfo mas tratable,
Y Amilcar con mis dones obligado,
Pasaje libre y compañía afable
Me habia hasta Barcelona asegurado;
Cuando de la fortuna el variable
Timon de nuevo el mar dejó alterado,
Y en las presentes cosas tal mudanza,
Que no nos quedó un soplo de esperanza.
Tenia el pescador (estranho caso!)
Por hija una bellissima doncella,
Zorayda dicha, de valor no escaso,
Que en su casa nació, ó se crió en ella:
A esta el fácil Orbelio en fuerte paso
Miró, y á amarla le inclinó su estrella
Con tan ardiente amor, que fue bastante
De leal volverlo en desleal amante.
Temió quizá el tormento de la ausencia,
Viendo acercarse ya nuestra partida,
O que los alborotos de Valencia
La hacienda le costasen, la honra, y vida:
El fin en alevosa conveniencia
Al huesped antes fiel dejó vendida
Su honra, y todo mi bien, sin que se escluya
La vida mia, y la que lo era suya.
Fueron á dar los dos traídoramente
Aviso á Denia del suceso estraño,
Mas la bella Zorayda diligente
Los tratos entendió, sospechó el daño:
Y por salvar la infanta de su gente
Seis remeros tomó, y en dulce engaño,
Mientras que en la fria noche ya vecina
El falso Orbelio á su traicion camina,
Basteciendo conforme á la estrechura
Del tiempo un barco que pescando andaba
Dentro nos puso, y ella mas segura
Que el fijo norte que el timon guiaba
A vela y remo por el agua obscura

Que crespas luces temerosas daba
Al herir de los remos, y de ir bogando,
Ligera en alta mar nos fue engolfando.
Cobró tan gran amor Zorayda bella
A la infanta, y de Orbelio tal espanto,
Que por medio de velle, y de no vella,
A su casa dejó en amargo llanto:
Temió del vario amante la doncella
No hiciese en sus amores otro tanto,
Que en vano se lamenta y llora el daño,
Quien pudo y no escarmienta en el extraño.
Tambien, si ya esto no es sospecha mia,
A un gallardo Leonés Zorayda amaba,
Que disfrazado por su amor servia,
En el humilde oficio que ella usaba:
Este es el que al principio te decia,
Que al vientre ayuno alguna fiera bravía,
Vivo aquí trasladó dicho Florianio,
De Aurelio hijo, y de Adelgastro hermano.
La noche toda navegando fuimos,
A vela y remo, y cuando el alba abría
En el Oriente de oro los racimos,
De que se cuaja y se enguirnaldia el día,
A Ibiza quedar por popa vimos,
Y á Formentera dando el rumbo y guía,
A Mallorca pasamos por de fuera,
Entre el cabo de Palmas, y Cabrera,
Y dentro al Baleárico metidos,
Fortuna con sus vueltas ordinarias
De nuevo comenzó roncós bramidos
De olas, vaivenes, y mudanzas varias:
Los vientos de las nubes rebatidos
Resuenan por las bóvedas contrarias
Del turbio cielo, y sus helados polos,
Solo inmutable á nuestros ruegos solos.
Fuimos sin rumbo cierto algunos días
De un furioso Poniente contrastados,
De un bordo y otro por diversas vías
Las velas rotas y árboles quebrados:
Hasta que en medio de las ondas frias
Crecer un día vimos los collados,
Que por la cuenta y cómputo marino
Son en Sicilia el cabo de Paquino.
Aquí ya en salvo puestos aferramos
Entre el rojo coral el corvo diente,
Y en tierra Florianio y yo saltamos,
Buscando en ella algun poblado y gente:
Y tanto el ciego bosque penetramos,
Que andando un día perdidos, el siguiente,
Cuando á la playa por el río volvimos,
Ni el barco surto ni su rastro vimos.
No lejos un batel bogando andaba
Junto á la costa al desbravar del río,
Y un pobre viejo dentro, que pasaba
La vida en él pescando á su albedrío:
Este solo parece que esperaba
A darnos tristes nuevas del navío,
Y así se fue en cumpliendo con su oficio,
Por dejarnos el barco y ejercicio.
Contónos este al fin (¡oh casos varios!
¡Fortuna incierta, laberinto extraño!)
Que de un navio cretense de corsarios
El nuestro presa fue y triunfo lozano.
«En Creta hay sacrificios ordinarios,
Donde al altar de un ídolo inhumano
Deguellan cada mes una doncella,
De las que en corso prenden la mas bella.
Por aplacar la fuerza de Mercurio,
Patron de los isleños mercaderes,
De Júpiter y Maya hijo espurio,
Autor de embustes, nuevas, y placeres:
Desde el golfo Carpacio al mar Ligurio
Busca para su altar bellas mujeres,
El cretense falaz de engaños lleno,
Tal que para ser malo solo es bueno.»

Ciertos piratas destos dieron sacó
A Furno aquí, y á Módica adelante,
Y el bajel vuestro en resistencia flaco
Para alijar el suyo fue importante:
Mas tres beldades que en su seno opaco
Hallaron, la menor será bastante
Para aplacar su dios, y que allí acabe
La injusta pena de rigor tan grave.
Que en venganza á la muerte de una dama,
Que lo era del que rige el caduceo,
Si ya no fue algun fucubo, que en fama
Del falso dios trazó ese devaneo:
De una peste cruel la ardiente llama
Así el reino ha abrasado al rey Tifeo,
Que todo en él camina á un fin violento
Muerta la reina, el hado aun no contento.
Y es entre el rudo vulgo opinion cierta,
Que hasta ser en su altar sacrificada
Otra beldad mayor que fue la muerta
Ni él contento estará, ni ella vengada.
Así el barquero dijo, ¡oh suerte incierta!
Ni buena en duda, ni mejor hallada:
Considera, señor, cuales quedamos
Los que á este paso sin pensar llegamos.
Saltó el viejo en la playa, y mas ligero
Que del presto lebrél huye el venado,
Por el bosque se entró, y mi compañero
En el barco que vió á la orilla atado,
Yo entré tras él con prodigioso agüero
De una nube de fuego rodeado,
Que si en tierra se pierde la ventura,
Buscarla por la mar será locura.
A bogar comenzamos con los remos
Cada uno por su parte, y de la orilla
Apenas se escondieron los extremos,
Y del cerro de Espaca la cuchilla,
Cuando el navio cretense volar vemos,
Llevando á jorro el nuestro de trailla.
Y como si ya todo fuera hecho
El dolor nos templó, y alegró el pecho,
Duro aquella esperanza, y su alegría,
Lo que la luz duró de aquella tarde,
Que ella, el gusto, mi bien, la luz y el día,
Todo á un tiempo murió: solo el cobarde
Pecho muriendo vive todavía.
Y en fuego eterno de memorias se arde,
Que en fuego me embarqué, y en fuego vivo,
En medio el yelo de mis muertes vivo.
Creció con las tinieblas un levante,
Que á obscuras anudó los demás vientos
En ciega lucha, y confusión bastante
A trastornar del mundo los cimientos:
Barrió la negra noche el día restante,
Y en sordos silbos, y ásperos acentos,
Las enlutadas focas y delfines
Nos agoraron desastrosos fines.
No sé cual dios el gobernalte tuvo
A un barquillo tan vil en tal tormenta,
Que de mil veces que anegado estuvo
Libre salió del riesgo, y de su afrenta:
Pero si algun milagro en estos hubo,
Ya mi ventura lo escribió á su cuenta,
Que no se da el vivir á un desdichado
Para mas bien que darle el mal-doblado.
Al fin si es bien, señor, el no cansarte
Con tan prolijos cuentos, cuando el alba
Su luz mostró llorosa, en esta parte
Donde tu nao surgió, y está ahora salva,
Por trofeo de Venus, y de Marte,
Haciendo al tiempo y sus mudanzas salva,
Los dos tristes navios que seguimos,
Hechos pedazos por las rocas vimos.
Y sin que nadie se escapase de ellos
Mi gloria allí murió, y aquí me trajó
La fortuna y amor por los cabellos

Del bien mayor al escalon mas bajo:
Quise ir para anegarme en medio dellos,
Y mi desdicha huir por el atajo,
Mas no lo consintió, que su porfia
Es que yo viva, y muera mi alegría.
De mar un grueso tumbo echó el barquillo
Por cima destas rocas en la tierra,
A pesar de mi amor, que por seguillo
Me hace con mi fe la mayor guerra:
Mi amigo Florian sin prevenillo
El día siguiente entró por esa sierra
De una ligera caza ocasionado,
Que era su muerte, y parecia venado.
Un mes ha ya que vivo en este yermo
Solo, sin esperanza ni alegría
Que ni de día ni de noche duermo,
Ni sé cuándo es de noche ni de día:
El alma alborotada, el cuerpo enfermo,
La vista absorta, el desear sin guía,
Asombrado de noche con legiones
De espantosas figuras y visiones.
De Arlaja por los aires veo la sombra
Las mas noches pasar triste y callada,
Otras con débil voz me llama y nombra,
De rosas y jazmines coronada:
Tambien con gritos Florian me asombra,
Y Ardelia en tiernas lágrimas bañada
Pide que me consuele, y si amanece
Todo en la luz se apaga y desvanece.
O es por aquí el infierno, ó mi tormento
Produce y cria sombras tan penosas,

De quien si el cielo me ha librado, siento
Que es por estas reliquias poderosas:
Contra quien ni aprovecha encantamento,
Ni engaños de fantasmas mentirosas,
Que son las que en fe santa me han librado
De tantos riesgos como te he contado.
Así el leonés Gundémaro la historia
De sus prolijos males abreviaba,
Y el carro en que Faeton perdió su gloria
Las ruedas de oro el crespo mar bañaba:
Cuando en soberbio triunfo y vana gloria,
En carroza de nacar que volaba,
Al puerto ven llegar una doncella,
Mas que el sol rubia, y que la luna bella.
Venus sobre su concha parecia,
De perlas y esmeraldas coronada,
Que nuevamente de la mar salia,
De su antigua belleza acompañada:
Mas apenas el carro en que venia
Vió la arena de aljofar escarchada,
Cuando la luz trocó de su tesoro
En blanca cierva con los cuernos de oro.
Y sentada sobre ella la hermosura
Que antes sobre sus nácares volaba,
Con ligereza igual por la espesura
Del bosque entró, que al mar sus sombras daba:
Cuando los dos que en la enriscada altura,
Oyendo el uno, el otro hablando estaba,
A ver el fin de tan mudables puntos
La espantosa hieldad siguieron juntos.
Gundémaro al entrar en la montaña,



Ni la corcilla vió, ni á quien seguía,
Bernardo entre sus breñas una extraña
Maravilla balló de mil que habia...
Mas ya de Ferraguto la maraña,
Que el ciego amor en sueños le fingia,

Ardiendo el pecho en amorosa llama,
Mi nueva voz á sus grandezas llama.
Es del amor sutil la flecha altiva
Rayo sin resplandor, fuego encubierto,
Cuyo blando calor con fuerza esquivá

Bronces derrite al corazon mas yerto:
 A David prende, á Salomon derriba,
 Y deja al gran Sanson á sus piés muerto,
 Amarrando á los remos de su banco
 Al niño, al mozo, al viejo, al negro, al blanco.
 De un sueño, de unas nuevas, de un antojo,
 De un no sé qué, de un aire, y niñería,
 De un afable mirar, de un volver de ojo,
 Al alma nace, y sin sentir se cria:
 Dale vida el placer, fuerza el enojo,
 Y si de veras es nada le enfria,
 Que contra el arco suyo y de la muerte,
 Ni basta habilidad, ni alcázar fuerte.
 Pues este aliento y fuerza poderosa,
 Que en todo anda sembrado y repartido,
 Con la luz de una imagen amorosa,
 Durmiendo á Ferragut dejó vencido:
 El pecho ardiendo, el alma deseosa
 De ver despierto lo que vió dormido,
 Cuando el ruido sonó confuso y ciego,
 Que el gusto le quitó, y rompió el sosiego.
 Entró á buscarlo por la selva el moro
 Al mismo tiempo que la luz salía,
 Sembrando al aire los corales y oro
 Que el nuevo sol por su horizonte cria:
 Y dudando si aquello era el sonoro
 Estruendo de armas que soñando oía,
 Atento tras la voz anduvo tanto,
 Que la causa encontró del triste llanto.
 Dos caballeros vió y una doncella,
 Todos tres muertos, y otra que lloraba
 Sus desastradas muertes, con aquella
 Triste y penosa voz que antes sonaba:
 Miróla el moro, conocióla en vella,
 Que era la que el día ante les llevaba
 A Bahamel la nueva dolorosa
 Del robo que Auchali hizo en su esposa.
 Al mismo Bahamel halló caído
 Muerto encima su espada, y viendo un paso
 Tan lastimoso, el moro enternecido
 Detuvo el suyo sobre el campo raso:
 Y dándole por modo comedido
 Consuelo á la que llora el triste caso,
 Pídele cuenta y diga si lo sabe,
 Quién fue la causa de rigor tan grave.
 «Que si por la demanda en que me puse
 Sucedió, jice, tanto desconcierto,
 Sin que el mundo halle brazo que lo escuse,
 O el mio le vengará, ó quedaré muerto.»
 Así el moro le pide no rehuse
 Darle cuenta del caso, ella cubierto
 De llanto el rostro, y de color difunta,
 Llorando satisfizo á su pregunta.
 Andaba suelto, y despuntando el heno,
 Un lozano caballo en medio el prado,
 Con la silla de plata, y de oro el freno,
 Y bordada mochila de brocado:
 De la color de un blanco armiño, y lleno
 De un enjambre de moscas salpicado,
 En los piés remendado, y en la frente,
 Ojos fogosos, anhelar valiente.
 Nervoso el pecho, abiertas las narices,
 Corta la clin, pequeña la cabeza,
 La cola recogida y las cervices,
 Señales de gallarda ligereza:
 De estrañas pintas, manchas y matices,
 Despedazando el freno su braveza,
 Y dando á sospechar en el sosiego,
 Que está entre abrojos, ó pisando fuego.
 No fue su igual el Cilaro famoso,
 Que de Polux domó el doblado hierro,
 Ni del viejo Saturno en mas brioso
 Cuerpo los duros miembros ciñó un hierro:
 Cuando el cuello arrugado y espantoso
 Con nueva y gruesa clin erizó el cerro,

Y con relinchos de su pecho indinos
 Del monte Pelion asombró los pinos.
 «Este caballo, la doncella dijo,
 Toda en congoja y lágrimas bañada,
 A quien el cielo con rigor maldijo,
 Y una beldad le dió tan codiciada,
 Triste remate fue del regocijo
 Desta gente que ves despedazada,
 Mas bello y desgraciado que el Seyano,
 Ni el que por tierra echó al valor trovano.
 Oye el extraño discurrir del hado
 (Si es verdad lo que dél me contó Alpina)
 Verás el mundo todo eslabonado
 Colgar de sola una virtud divina:
 Si hay signo bien ó mal afortunado,
 O todo á tienta y sin saber camina.
 Aquí lo entenderás, y en este paso
 Verás lo que hace la ventura al caso.
 En Tracia, de la casta que allí tuvo
 Otro tiempo Diomedes el tirano,
 Este potro nació, y Clarionte le hubo
 Rey del valle de Ródope inhumano:
 En sangrientos pesebres le mantuvo,
 Y hecho y enfrenado de su mano,
 Tan gallardo salió, que de alentado
 Diez leguas corre, y para atropellado.
 Al rey Clarionte lo quitó Ricarte,
 El día que le mató junto á Mantible,
 Y á él Norman Bartolache, y Radagarte,
 Cuando á traición le hirieron en Fontible:
 Y aunque quiso cobrarlo Durandarte
 Del magancés caudillo, fue imposible,
 Hasta que el gran Reinaldos en persona,
 Vida y caballo le quitó en Girona.
 Presentado de allí le dió á Rugero
 Por mano de Hipalca su doncella,
 Y el día que lo estrenó con triste agüero
 Yendo de Mompeller para Marsella,
 Junto á Arlés puesto el Corde de Pontiero
 Con su gente en celada cayó en ella,
 Donde murió á traición alanceado
 De un infiel pueblo magancés cercado.
 Quedara oculta esta alevosa muerte,
 Si Espinabel pagado del caballo
 No se le hiciera codiciar la suerte,
 Que la habia de vengar con arrastrallo:
 Púsole el traidor piernas, corrió el fuerte
 Desenfrenado potro hasta arrojallo
 En medio de la plaza de Marsella,
 A ojos de Bradamante, y su doncella.
 Allí en presencia suya hecho pedazos
 Al magancés dejó el caballo fiero,
 Viéndole Hipalca muerto entre los brazos,
 Y no en su silla cual pensó á Rugero:
 Notorios vió los cavilosos lazos
 Del fementido bando de Pontiero,
 Alteróse la bella Bradamante,
 Y el sobresalto le abortó un infante.
 Y al quinto día con la nueva cierta
 De la muerte infeliz del paladino,
 La antes dudosa amante quedó muerta,
 Y cumplido el temor del adivino:
 Y por tantas desgracias descubierta
 La traición de Maganza, un rio sanguino
 Labró Morgana, y de la gente impía
 Cien falsos condes degolló en un día.
 Dióse el caballo destos desatinos
 De aquella vez al príncipe Carloto,
 Que él lo prestó despues á Valdovinos,
 Cuando de Mantua le mató en el soto:
 Y al fin por varios traneces y caminos,
 Con desgracia, ruido y alboroto,
 Las muertes de ambos dieron el agüero
 Del infeliz Clarion por verdadero.
 Quedó al César el bárbaro caballo

Por prenda á la imperial caballeriza,
 Y él al rey de Pamplona su vasallo
 Con la mochila se le envia pajiza:
 Y ardiendo en oro el gusto de mirallo
 La vista alegre, y su color matiza
 Con la bordada pedreria, que en larga
 Rueda es al rico jaez preciosa carga.
 Encontró al mensajero Ballugante,
 Y sabiendo de donde, y á donde iba,
 Vida y presente le quitó arrogante,
 Con alma fiera, y presuncion altiva:
 Envióselo á Marsilio, él con semblante
 Real el don recibió, que es lo que aviva
 Los fuegos del amor, y quien preserva
 De muerte el gusto, y vivo le conserva.
 Y al mismo fin mandó á la bella Alpina
 Que á Galafre le dé, rey de Toledo,
 A quien en una fuente cristalina
 De una espada cruel lo quitó el miedo:
 Pidió favor la mora peregrina
 Al triste Bahamel, y él con denuedo,
 De ánimo valeroso, y noble pecho,
 Vengarle prometió el agravio hecho.
 Habia venido con su nueva esposa
 Aquel día antes por el bosque á caza,
 Y el verde margen de una fuente hermosa
 De estrado entonces les servia y taza:
 De allí salió á la empresa peligrosa,
 Contra los que de infame estirpe y raza
 A la dama quitaron el caballo,
 Y él á los dos la vida por cobrallo.
 Dejó Bahamel en la agradable fuente
 Por guarda de su esposa un falso moro,
 Ni honrado, ni hidalgo, ni valiente,
 Auchali dicho, hijo de Alcandoro:
 Que de truhan de Ulid subió á teniente
 De alcaide en Baza, aunque afrentado en Toro,
 Mas dió en ser rico, y convirtióse en godo,
 Que el dinero lo da, y lo puede todo.
 Este por fuerza se llevó robada
 Esa triste hermosura recién muerta,
 Y yo cual tú me viste alborotada
 Del caso corrí á dar la nueva cierta:
 Anoche Bahamel á esta cañada
 En su rastro llegó, y aquí despierta
 El alma en el dolor, y él de rendido
 Sobre la yerba se quedó dormido.
 Y luego que el sentir quedó sin dueño,
 Soñó que en fresco estrado, y verde cama,
 No lejos de la suya, en no pequeño
 Gusto dormia con otro la que él ama:
 Confuso despertó, contóse el sueño,
 Y á tienta vino donde halló su dama
 Durmiendo en estas flores, y dormida,
 De zelos ciego, le quitó la vida.
 Creyó zeloso que Auchali seria
 El que alegre dormia en su regazo,
 Y viendo que despierto revolvia
 En su defensa el atrevido brazo;
 Con el ciego cuidado que venia
 Feroz le ciñe en desdichado abrazo,
 Dándole de un puñal atravesado
 Por cama el heno, y por sepulcro el prado.
 Fue sobre él por cortar la cabeza,
 Y halló á sus piés su desdichado hermano.
 El sin ventura Abenanil, ¡oh fuerza
 De fortuna cruel, hado inhumano!
 Volvió el herido en sí, vió su braveza
 Muerta, y viéndose muerto por la mano
 De quien mas le queria, entendió claro
 Que á los golpes del cielo no hay reparo.
 Contónos que viniendo de Toledo,
 No lejos vió de allí llevar robada
 La bella dama, entre congoja y miedo
 De triste llanto y lágrimas bañada:

Y que aunque á defenderla con denuedo
 La mano puso á su alevosa espada,
 El infame Auchali, de una herida
 Libre se la quitó, y dejó sin vida.
 Apenas pudo dar razon del caso,
 Cuando la lengua le atajó la muerte,
 Y el ya sin fuerzas débil cuerpo laso
 Reció se estremeció, y se mostró fuerte:
 Y Bahamel que así en el postrer paso
 Su casta esposa y á su hermano advierte,
 Por furor loco y torpe desconcierto,
 Mas que ellos el dolor le dejó muerto.
 Y haciendo en un brevísimo discurso
 De sus azares y dolores suma,
 Sin rastro de esperanza ni recurso
 Que la ocasion de su dolor consuma:
 Muerta ya la razon con el concurso
 Y avenida de males halló en suma,
 Que de infinitos que hay de varios modos,
 En un breve morir se aherran todos.
 Y sin que mi presencia fuese parte
 A reprimir su furia acelerada,
 Rabioso se pasó de parte á parte
 El débil corazon con esa espada:
 Y esta es al fin, señor, por no cansarte
 Su tragedia, y la historia desdichada
 Del caballo Clarion, que á maravilla
 Nadie sin caer subió en su ingrata silla.
 Dáme ahora favor, dáme tu ayuda
 Para salir de trance tan confuso,
 A quién, ó cómo vaya, ó dónde acuda
 En este estrecho en que el rigor me puso:
 Así la dama dijo, el moro en duda
 Un breve rato se quedó difuso
 En pensamientos y discursos varios,
 De gusto todos y placer contrarios:
 Pero viendo el caballo que pacia
 Mal, por tenerse todavía el freno
 Que aunque era de oro, el oro le impedia
 El oro de las bestias, que es el heno;
 Agradado del talle y gallardía
 Probarle quiere, y si es de azares lleno,
 Para no reparar en ese agüero
 Basta ser español y caballero.
 Mas el caballo hecho á ver dislates
 Las riendas huye á quien el oro agrava,
 Y vuelto aquí y allí en varios regates,
 Lozano la alheñada clin embrava:
 Hasta que ya á los últimos remates,
 Donde un arroyo en sus cristales lava
 Los postreros jazmines de aquel prado
 Se entró en el bosque, y le dejó burlado.
 Saltó el moro tras él, y con el salto
 El brioso animal se alteró un poco,
 Con que en paso mas libre, á lo mas alto
 Del monte fue subiendo poco á poco:
 Creció el antojo con hallarse falto
 De aquello que primero tuvo en poco,
 Y ya con mas codicia, y mayor paso
 Sigue lo que al principio siguió á caso.
 Treinta millas le fue al alcance estraño,
 De una breña saltando en otra breña,
 Que el gallardo caballo de lozano
 Ahora le aguarda, y luego le desdena:
 Así á las veces de un querer liviano,
 Y de una fácil ocasion pequeña,
 Se empeña un gusto hasta morir por ella,
 Y abraza á todo un monte una centella.
 Ya el sol con quien el moro parecia
 Que apostaba á correr hácia el Poniente,
 Su sombra que antes alcanzar queria
 Atras le ataba perezosamente:
 Cuando al pié de una cumbre que subia,
 Su caballo vió al margen de una fuente,
 A quien de el prado la florida falda

Rica taza le sirve de esmeralda.
 Vió que llegó á beber, y que un villano
 Poniendo bien la silia saltó en ella,
 Y en las fornidas ancas el serrano
 Semblante de una rústica doncella:
 Dióles el moro voces, pero en vano,
 Que sin responder él ni escuchar ella
 Libres se van, y en trueco del caballo
 El enfado le dejan de buscallo.
 Baja ligero, y de coraje brama
 Al poco caso que hace el que le lleva,
 Pues al ronco gritar con que le llama,
 Ya en término cortés, ya en furia nueva,
 Ni para, ni responde, antes su dama,
 A quien con rostro humilde ablandara prueba
 A que le escuche á modo de rogalla,
 Sonriéndose dél camina, y calla.
 Temió no sea la referida Alpina,
 Que el real caballo al rey Galafre lleva,
 Y que él caya en mal caso si la indina,
 O haga en la estorbar lo que no deba:
 Mas no tampoco quiere que en indina
 Descortesía alguno se le atreva,
 Ni en burlas le desdeñe por tal modo,
 Que es no sentir disimularlo todo.
 Y así viendo que nadie le responde,
 Delante puesto, ya fiero inhumano,
 Las riendas de oro quiso asir, por donde
 Las lleva mal parejas el villano:
 Mas él sin responder le corresponde
 Con una vara en la atrevida mano,
 Tal que por los artejos desarmados
 Pensó al herir dejárselos quebrados.
 Huyó la mano el moro atormentada,
 Y un fiero grito dió que asombró el valle,
 Y sin paciencia ya de una puñada
 Vida y caballo se arrojó á quitalle:
 Erró el golpe la cólera sobrada,
 Volvió á quererle asir, y volvió á dalle,
 Y del dolor y rabia faltó poco
 Para quedar entre el coraje loco.
 Medio pino tomó para matallo,
 Y hacerle con iguales armas guerra,
 Mas de dos coces el feroz caballo,
 A él y á su soberbia echó por tierra:
 Cayó también cabe él al derriballo
 La doncella, y huyendo por la sierra
 Se entró el bravo animal con el villano,
 Que el duro freno le llamaba en vano.
 Templó al moro el dolor de su caída
 Ver que también cayese la doncella,
 Que mas quisiera hallarse sin la vida,
 Que causa justa en sí de quejas della:
 Acudió á levantarla por cumplida
 Satisfacción que le ha pesado, y ella
 No haciendo caso dél, callada, y queda,
 Sentada está, sin que movella pueda.
 No le responde á nada que se diga,
 Fiera, inmutable, como un mármol dura,
 Ni el moro sabe que consejo siga,
 Ni como entienda el fin desta locura:
 Al fin se fué, y dejola en su fatiga,
 Y ella viéndose libre se apresura
 Tras el ligero curso del caballo,
 Y el que iba encima dél por alcanzallo.
 Puesta la luz del cielo en dos balanzas,
 Y al mar de Atlante lo último del día,
 Por sus gonces, sus puntos y mudanzas
 El sol se entraba, y Hécate salia:
 Cuando perdido el tiempo y esperanzas
 El moro que el caballo antes seguia
 Solo se halló, confuso, y atajado,
 A la orilla de un rio, en medio un prado.
 Y enfadado de ver el nuevo enredo
 Con que á pié se quedó, pasó adelante

Así altivo y feroz, que daban miedo
 Su fiero ceño y áspero semblante:
 Cuando la furia le templó y denuedo
 De una tienda el primor así elegante
 Que al rayo de una luz que dentro habia
 También el oro del brocado ardia.
 Entre frondosos árboles plantada
 Estaba el murmurar del manso rio:
 Sitio oportuno, y parte acomodada
 Para en ella hurtarle el cuerpo al frio:
 Llegó cortés á demandar posada,
 Y halló el albergue y pabellon vacío,
 Con rico estrado, y prevenida cama,
 Y al rayo de una luz sola una dama.
 De poca edad, y mucha hermosura,
 Niña de alegre gusto parecia,
 La frente un claro cielo, en cuya altura
 Sobre la nieve el sol resplandecia:
 De gentil cuerpo y agradable hechura,
 El rostro del color que nace el día,
 La garganta gentil, y el blanco pecho
 De frescas rosas y jazmines hecho.
 Dado al descuido un nudo en el cabello,
 Donde el sutil amor quedó enredado,
 Para hacer lazos y marañas dello,
 Y el pensamiento atar al mas delgado:
 Dos arcos de un dorado y sutil vello
 De cien flechas y mas cada uno armado,
 Que van volando, y dan en las entrañas
 Al mover de las cejas y pestañas.
 Dos mayos de azucenas y claveles
 En un verano son sus dos mejillas,
 Sus dulces labios de coral rieles
 Con que rie el placer por sus orillas:
 De alfofarados dientes dos caireles,
 Y en cada uno un millon de maravillas
 Verdes los ojos, y sus luces bellas
 Mil soles, que son poco dos estrellas.
 De un mirar regalado, y halagüeño,
 Que acaricia, ocasiona, y necesita
 A dar el alma libre en dulce empeño
 Al precio de beldad tan exquisito:
 Con el donaire de un capote y ceño,
 Que mas á un muerto gusto resucita,
 Ni así el ambar y música provoca,
 Como el aliento y habla de su boca.
 Los tiernos pechos dos pequeñas pomas
 De rosas hechas, y apretada leche,
 De un real valle de amor menudas lomas
 Que al ensacharse le hacen que se estreche:
 No hay Panchaya con todas sus aromas
 Que olor mas fino que sus pechos eche,
 Ni Venus de marfil ni de oro indiano
 Con dedos mas bien hechos que su mano.
 De tela de oro azul manteo bordado
 De arminos, rica turca de escarlata,
 De alcatifas de Persia el grave estrado
 Con bufete de nácares y plata;
 Donde en follajes de cristal grabado
 De un ardiente blandon la luz retrata
 Un agradable cielo en la figura
 De aquella nunca vista hermosura.
 La rosada mejilla en la una mano
 Mostrando el brazo, y la otra descubierta
 Como al descuido en ademan profano
 La rica holandesa en gayas de oro abierta
 Dando por mas deleite al gusto humano
 La belleza que guardan encubierta
 De la aguja las redes peligrosas
 En el pecho de tierna nieve y rosas.
 No habia en el pabellon mas que una lumbre,
 Ni mas que aquella hermosura sola,
 Que cual fino diamante su vislumbre
 Todo con bellos rayos le arrebola:
 Es de la tienda real la altiva cumbre

Una encantada y cristalina bola,
 Por donde las estrellas y la luna
 Sus cursos hacen sin mudanza alguna.
 Toda de oro bordada y pedrería
 Por de dentro parece y por defuera,
 De árboles, cazas, flores, montería,
 Una agradable y fresca primavera:
 En perlas el jazmin se contrahacia,
 Cuya hoja de esmeraldas finas era,
 Los florones de escarches amarillos,
 Gripados de argentados trebolillos.
 Dejó asombrado al moro la belleza
 De la suntuosa tienda, y de su dueño,
 Las sedas, perlas, oro, la riqueza,
 El bosque oculto, y el lugar pequeño;
 Y sobre todo la real grandeza,
 Y aquel mirar alegre y zahareño.
 De la heldad mayor que el mundo supo,
 Que allí entre las demás grandezas cupo.
 También la nueva soledad le admira
 Sin gente de respeto ni servicio,
 Con una sola luz que alumbraba, y mira
 Todo el mudable y único edificio,
 Y que suspenda y sin querer suspira
 De algun mal interior notorio indicio:
 Todo esto contempló desde la puerta,
 Sin que la dama al parecer lo advierta.
 Mas ya determinado por su gusto
 El secreto saber de esta aventura,
 Con rostro humilde y corazon robusto
 El rico umbral pasó, y en voz segura
 «Guarda, señora, dijo, el cielo justo,
 La gloria de tan rara hermosura,
 Haciendo mas suave y menos larga
 De los cuidados la pesada carga.
 Alzó los ojos, con que dar pudiera
 A los ya muertos de sus lumbres vida,
 A ser las leyes de la muerte fiera
 Como las del amor mas homicida;
 Y por mejor probar su fuerza entera
 En fingido alboroto desabrada,
 Con vista afable y lengua zahareña
 Le atrae á un mismo tiempo, y le desdeña.
 Al fin despues de varios cumplimientos
 Lugar le concedió en el rico estrado,
 Pidiéndole la causa y los intentos
 De haber en tiempo tal allí arribado:
 Contóselos el moro en breves cuentos
 La empresa del caballo desgraciado,
 Y como ya era próspero y dichoso,
 Pues á lugar le guió tan venturoso.
 Rió en grandes donaires la doncella
 La no entendida burla del villano,
 Y por sacarle con sosiego della,
 «Señor, le dijo, en este verde llano,
 Aquella cristalina fuente bella
 Está encantada por la sabia mano
 De la hechichera Arleta, que un engaño
 En ella puso de artificio extraño.
 Esta tuvo amistad con cierto moro,
 Gran capitán de Zaragoza y Baza,
 A quien sin guardar término y decoro
 Una mora usurpó de humilde raza:
 Es rica, y donde quiera manda el oro,
 Y él con mayor codicia que no traza
 Dejó la dama pobre por la rica,
 Que á todo un gusto sin lealtad se aplica.
 Tiene un castillo cerca de esa fuente,
 Y en él el falso amante entretenido,
 De adonde salen cuando el día al Oriente
 Los dos á monte por el verde ejido:
 A este fin la zelosa diligente
 Del agua empozón el cristal lucido,
 Porque saliendo á caza sea quien fuere
 Sus disgustos le pague si bebiere.

Quita el sentir la fuerza del venenoso
 Por largo rato, mientras con bastantes
 Fuerzas el gusto trueca, y lo hace lleno
 De lo que le solia enfadar antes:
 Pudo ser que bebiesen deste cieno
 Aquellos dos villanos caminantes;
 Y sin sentir ninguno lo que hiciese,
 La referida burla sucediese.
 Yo, señor, estoy sola, que mi gente
 Toda se fué á un castillo de mi hermana
 Cerca de aquí á la parte de Poniente,
 Para volver con ella á la mañana:
 Quedóse una doncella y un sirviente
 A hacerme compañía, y hoy con vana
 Curiosidad se entraron por la selva,
 Sin que hasta ahora ninguno dellos vuelva:
 Mas ya entiendo sin duda por las señas
 Que son los que cogieron tu caballo,
 Y sin juicio van por esas breñas,
 Y yo en el riesgo en que me ves me hallo:
 Triste, sola, y metida entre estas peñas,
 Mas ya que tú veniste á remediallo,
 Podrás darme tu amparo, y ser mi abrigo,
 Sino te causa miedo estar conmigo.
 Dijo esto por tal modo la doncella,
 Y así en suaves ojos halagüeños,
 Que sin sentido el moro quedó en vello,
 Entre deleite y gustos no pequeños:
 Hasta que al fin ocasionado della,
 De sus halagos y fingidos ceños,
 Preso en sus lazos, y en su lumbre ciego,
 Tierno le dijo su amoroso fuego.
 Ella ni le acaricia ni desdeña,
 Ni contenta se muestra ni enfadada,
 Que todo á veces en donaire lo echa,
 Y á veces todo al parecer le agrada:
 Va haciendo la cadena mas estrecha,
 Y el moro ya con alma enamorada,
 Del todo se le rinde y aficiona,
 Y por ojos y boca lo pregona.
 Calla, y con no rehusar le da licencia
 Que entre sus blandas manos se regale,
 Y en trato afable y grata diligencia,
 A convidarle con los gustos sale:
 De un rico cofre saca á su presenciam
 Preciosos dulces, donde el moro iguale
 Su gusto en todo, porque en todo vea
 Que ya de veras dársele desea.
 El ya rendido amante no consiente
 Semejantes excesos de tal mano,
 Mas que á él con alma y corazon ardiente
 Mostrar le deje huésped cortésano:
 Crecen los fuegos, y él que arderse siente
 En el de amor, no cabe de lozano,
 Adorando entre sí el primer trabajo,
 Que á tan dichoso punto y fin le trajo:
 «No es el caballo, dice, desgraciado,
 Como por burla me contó la dama,
 Pues á tanta ventura me ha guiado
 De collado en collado, y rama en rama:
 Siempre del mal ó el bien exágerado
 Son menores los hechos que la fama,
 Cuando tenga mil tachas mi caballo,
 Este bien solo me hará adorallo.
 Así en pláticas dulces y sabrosas
 Cenando están los dos de oro en un plato,
 Dando ella de sus manos amorosas
 Presas de amor al moro cada rato:
 Ya preguntando diferentes cosas,
 Ya con libre decir, y con recato,
 Que le importa saber si tiene dueño,
 Si es de gusto comun, ó zahareño.
 El moro á todo en cortésano estilo,
 Ya en veras le responde, ya en donaire,
 Y mientras del hablar siguen el hilo,